

Intercambio de experiencias sobre formación continua de los profesionales del Tercer Sector

FOREM – Comisiones Obreras
Madrid. 3, 4 y 5 de noviembre de 1999

SITUACIÓN DEL TERCER SECTOR Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

Fernando Barreiro Cavestany
Fundación CIREM

1. EL TERCER SECTOR: ENTRE LO ECONÓMICO Y LO SOCIAL

Nos encontramos con dificultades evidentes a la hora de definir el concepto de TERCER SECTOR, también conocido por *tercer sistema* y por *economía social*. Se trata de una definición acotada por la presencia de otros dos sectores “tradicionales”, es decir, el sector público y el sector mercantil.

No nos interesa aquí entrar en un debate en torno a las definiciones de tercer sector, sino más bien, en el análisis de una serie de fenómenos y tendencias de nuestras sociedades del fin del siglo, que determinan en gran medida, la configuración de un “tercer sector” que se define en torno a su papel, como una de las manifestaciones de estas tendencias nuevas (y mutaciones) en nuestras sociedades.

Desde una perspectiva histórica, el tercer sector fue muy importante en la etapa previa a la creación del estado del bienestar. Muchas de las funciones sociales y de protección que posteriormente, en la era industrial, fueron asumidas por el estado del bienestar, estaban casi exclusivamente en manos del sector voluntario y no lucrativo. Posteriormente, con la consolidación del papel del estado como ente redistributivo, el tercer sector se ha colocado en los márgenes de la vida pública, apartado por el creciente dominio del mercado y por las esferas del gobierno. Ahora que los otros dos sectores económicos disminuyen su importancia, al menos en cuanto a la cantidad de empleo que generan, la posibilidad de resucitar y transformar el tercer sector y convertirlo en vehículo para la integración económica y social de muchas personas, y para garantizar la calidad de vida de nuestras sociedades, parece evidente. Esto sobre todo es así cuando otras dimensiones que tradicionalmente han sido fundamentales para la integración social –la familia, la empresa- han disminuido su capacidad como factores de integración de un sector social muy importante.

En este sentido, a través de las afiliaciones a organizaciones de voluntarios, muchas personas superan su sensación de aislamiento personal y, en cierta medida, se convierten en parte de una comunidad real. Se trata de una necesidad de primera importancia que no puede ser cumplida ni por las fuerzas tradicionales del mercado ni por las intervenciones públicas.

La globalización del mercado y la disminución del papel gubernamental, tienen como consecuencia, que las personas se vean impulsadas a organizarse en comunidades y organizaciones que defiendan intereses comunes para asegurar su propio futuro. Y todo indica que esta tendencia se verá reforzada en el futuro.

En EEUU mientras que el sector empresarial representa el 80% de la actividad económica y el sector público contabiliza un 14% adicional del PIB, el tercer sector contribuye, en la actualidad, con algo más del 6% a la economía y es responsable del 9% del empleo total. Existe más gente trabajando en este sector de voluntarios que en las industrias de la construcción, de la electrónica, del transporte o del textil (J.Rifkin,1994).

En Europa y en los países desarrollados, el tercer sector genera el 4,7% del PIB, ocupan a 18,8 millones de personas. En los países de la Unión Europea ocupan un 10.1% de la fuerza de trabajo. (J. Estivill, 1996). En Francia, la economía social contabiliza en la actualidad más de un 6% del empleo total. El equivalente al 4% del PIB del Reino Unido es generado por las organizaciones no lucrativas o comunitarias y representa en torno al 5% del empleo en Alemania.

El Tercer Sector juega un papel social cada vez más relevante en los países de todo el mundo. Las personas crean organizaciones para poder cubrir las necesidades que no están garantizadas por el mercado ni por el sector público. Jim Joseph, presidente del Council of Foundations de EEUU, observa que, prácticamente en cada país la gente reserva para sí misma un espacio intermedio entre los negocios y el gobierno en el que *las energías privadas pueden ser... empleadas para el bien público*.

En concreto, el tercer sector viene a ocupar un lugar que no ocupa el sector público ni el sector mercantil. Sin embargo, el tercer sector también combina e integra dimensiones de la economía mercantil y de la economía pública. En esta perspectiva el tercer sector responde a diversas facetas de cambio o de transformación:

1. Las nuevas necesidades sociales, producto de los cambios de fondo que vive la organización social, no son cubiertas por los mecanismos tradicionales de mercado ni mucho menos, por la extensión del estado del bienestar. La configuración de estos nuevos mercados, exige la presencia de actores que podríamos encuadrar dentro del tercer sector. Es decir, se trata de actividades que requieren nuevas formas de cooperación entre los ciudadanos, las instituciones públicas y los profesionales-empresarios. En este marco, las organizaciones no lucrativas y voluntarias, cumplen un papel de intermediación que resulta clave para dar salida a estas nuevas necesidades sociales. La satisfacción de estas nuevas necesidades sociales, es un aspecto crucial para garantizar la cohesión social, la calidad de vida y la sostenibilidad ambiental de nuestras sociedades.
2. El declive del estado del bienestar clásico responde a un doble fenómeno. Por una parte, a las políticas de ajuste y de equilibrios fiscales, exigidas por la globalización, la liberalización de la vida económica y los requisitos de competitividad. No es posible alimentar el déficit público, so pena de perder capacidad para competir en una economía internacional fuertemente interrelacionada. De ahí, la tendencia a los recortes presupuestarios y del gasto público. Pero por otra parte, el estado del bienestar se muestra ineficaz para tratar y para abordar los nuevos fenómenos de la exclusión social, la individualización de la vida social y, en suma, tiene cada vez mayores dificultades para intervenir de forma directa en la satisfacción de las nuevas necesidades sociales.

En este marco, adquieren cada vez mayor relevancia, la presencia e intervención de asociaciones y entidades ciudadanas que pretenden abordar problemas que el gobierno no aborda y, sobre todo, de dar respuestas, “desde abajo” a los nuevos fenómenos sociales. Así sucede, por ejemplo en el campo del cuidado a las personas

dependientes, de la mejora del entorno urbano y ambiental, del cuidado de niños, de las actividades culturales, etc.

El tercer sector se basa, principalmente, en un intercambio social y en la reciprocidad, aunque a menudo con consecuencias económicas tanto para los beneficiarios como para el benefactor. En este sentido, las actividades para la comunidad son sustancialmente diferentes de las actividades propias del mercado, en las que el intercambio está basado en aspectos materiales y financieros y en el que las consecuencias sociales son menos importantes que las pérdidas y las ganancias económicas. Esta orientación hacia el intercambio social y la reciprocidad es lo que define a las organizaciones del tercer sector y lo que las diferencia de las organizaciones mercantiles y de las políticas públicas.

La idea principal que explica la emergencia y crecimiento de las organizaciones del tercer sector, es que el mercado no llega a la demanda no solvente y que el estado no tiene recursos para garantizar la cohesión social.

El asociativismo ciudadano es un fenómeno heterogéneo, que no se configura en un sector ni se consolida como tal, sino que responde a un movimiento permanente. En su seno están presentes grandes organizaciones, con grandes recursos y participación de asociados que se han consolidado en un mercado “no lucrativo”. Piénsese por ejemplo, en organizaciones mutualistas, en clubes deportivos y sociales, en organizaciones de consumidores, etc. Junto a ellas, existen, agrupaciones y grupos informales que actúan en espacios sectoriales o territoriales, y que son la expresión de nuevos movimientos ciudadanos, y que no necesariamente adquieren formalidad jurídica. Por ejemplo, grupos comunitarios, que actúan en barrios concretos, y que expresan intereses y motivaciones singulares (mujeres, jóvenes, grupos de cultura, de solidaridad, etc.). Entre estos extremos, se mueve un conjunto de entidades y organizaciones diversas que responden a motivaciones y objetivos heterogéneos, pero que todas ellas tienen en común ciertas facetas que permiten incluirlas en este “tercer sector” emergente. En todos los casos, se trata de organizaciones motivadas por la solidaridad y la consecución de objetivos colectivos. Tienen como misión y se organizan con la finalidad de satisfacer necesidades sociales a partir de la implicación-participación de los propios afectados o interesados en dichos objetivos.

El eje del análisis sobre el tercer sector debe orientarse al papel que estas nuevas organizaciones, cumplen como agentes de cambio y expresiones de las mutaciones de nuestras sociedades. El tercer sector va llenando un espacio en expansión, fruto, a su vez, de la extensión de los llamados “mercados incompletos” vinculados a las nuevas necesidades sociales insatisfechas. La necesidad de encontrar nuevas soluciones para cubrir estas necesidades, que ni las empresas mercantiles ni el sector público son capaces de encontrar, es lo que da fuerza a la emergencia de las

organizaciones del tercer sector. Desde este ángulo, estas organizaciones resultan más idóneas para cubrir estas necesidades, en la medida que:

- ✓ Identifican e interpretan con mayor eficacia las mutaciones sociales en la medida que los propios afectados-implicados, participan en la búsqueda de soluciones.
- ✓ Integran una fuerte motivación y vocación de sus promotores y miembros con las soluciones más idóneas para la resolución de los problemas.
- ✓ Combinan de forma flexible el trabajo profesional-remunerado (imprescindible para alcanzar los niveles de calidad que las nuevas actividades exigen) con el trabajo voluntario. Ello permite, en muchos casos, reducir costes lo que permite asegurar una viabilidad a los proyectos emprendidos y completar “mercados” que el sector mercantil no podría hacer en una lógica clásica de mercado (remuneración del capital).

Por tanto, el tercer sector no debe ser reducido a las organizaciones ciudadanas y entidades cívicas, vinculadas a la defensa de intereses y a la movilización civil. El tercer sector se amplía a las organizaciones que participan en la vida económica, que gestionan recursos, promueven proyectos y que cumplen un papel de primer orden en la organización de determinados mercados, principalmente en aquellos que responden a las nuevas necesidades sociales emergentes.

Por ello, en un sentido amplio y atendiendo a las mutaciones de fondo que viven nuestras sociedades, podemos incluir en el concepto de tercer sector, iniciativas que adquieren formas de autoempleo, microempresas o incluso, iniciativas económicas informales, que nacen y se desarrollan para dar respuesta a las necesidades sociales, no cubiertas por las empresas clásicas ni por el sector público.

Ni la palabra voluntario ni el enunciado sin fines de lucro ofrecen una descripción precisa del tercer sector. El sector está formado por organizaciones de propiedad y control privados, pero cuya existencia tiene por finalidad la satisfacción de necesidades públicas o sociales y no la acumulación de riqueza privada. (Drucker, 1968).

2. CAPACIDAD EMPRENDEDORA Y CAPITAL SOCIAL: DOS FACTORES CLAVE PARA EL DESARROLLO DEL TERCER SECTOR

El tercer sector, en la medida que configura organizaciones que responden a necesidades sociales, debe ser eficaz y eficiente en la satisfacción de las mismas. Por tanto, debe orientarse hacia una demanda o hacia una clientela. La capacidad emprendedora es un factor que atraviesa a todas las organizaciones y un componente clave para su éxito. Las organizaciones del tercer sector se basan, en gran medida, en la acumulación de capacidad emprendedora. De ahí la importancia de analizar este factor en el seno del tercer sector.

La emergencia del espíritu emprendedor como a menudo se cree no depende solo de opciones individuales o de fuerzas de mercado, sino de condiciones sociales. Las actuales condiciones sociales son favorables a la emergencia de emprendedores, de ahí la pertinencia de su definición como nuevo fenómeno social.

Se puede definir a los emprendedores como personas que enfrentan problemas que no tienen soluciones simples, que exigen el aprendizaje de nuevos métodos. No esperan respuesta desde lo alto (gobiernos, empresas, organizaciones) sino que presentan un cambio de actitudes y de valores, y demuestran una gran capacidad de adaptación. La emprendedoriedad es la movilización de personas que aprenden nuevas formas de actuar.

Estos emprendedores, no se reducen a la actividad empresarial privada, pueden ser privados, pero también públicos o asociativos. En todos los casos, lo que los define son algunos de estos rasgos:

- Estar atentos a las oportunidades para descubrir necesidades insatisfechas y seleccionar vías apropiadas para satisfacerlas.
- Para aprovechar estas oportunidades, soportan riesgos (emocionales, de reputación, y financieras) para llevar a cabo una acción con consecuencias inciertas.
- Para proseguir estas acciones tienen que ensamblar equipos y redes que reúnan talentos y los recursos necesarios para producir cambios.

Los emprendedores deben ser catalogados como innovadores culturales, capaces de poner en movimiento nuevas pautas culturales y crear mutaciones porque en su actitud está presente la preocupación por el modo de vida de la comunidad.

De aquí se desprende también su importancia central para la remoción de obstáculos para satisfacer las nuevas necesidades. Los emprendedores se destacan por su

clarividencia y fuerza para captar y satisfacer nuevas demandas, habilidad para leer lo nuevo, que procede de su mayor sensibilidad hacia lo que otros necesitan.

La capacidad emprendedora individual y colectiva es la base de una economía de mercado abierta y dinámica. Pero también la necesitamos en los espacios de “no mercado”. De ahí la importancia de las iniciativas emprendedoras en los ámbitos sociales o de interés público.

En este sentido, las organizaciones del tercer son un filón de capacidad emprendedora cuando ellas mismas son emprendedoras, cuando se centran en la receptividad a las demandas de los clientes-usuarios e innovan en la provisión de los servicios.

Se puede constatar un incremento de gran relevancia en la emergencia de nuevos emprendedores sociales motivados por la creación de nuevos servicios a las personas y a la comunidad, de protección del medio ambiente, o de actividades culturales, generan proyectos, organizan equipos eficientes y alcanzan resultados exitosos en sus ámbitos de acción.

Sin duda, que los niveles de capacidad emprendedoras están positivamente correlacionados con los niveles de asociacionismo cívico y con el *stock* de capital social o capital de confianza que tenga la sociedad.

El capital social es otro factor de primera importancia para el desarrollo del tercer sector. Puede definirse el capital social como el conjunto de normas y hábitos sociales que llevan a las personas a la confianza recíproca, a asociarse para tareas y objetivos comunes. De ahí que la densidad del tejido asociativo sea un indicador del capital social existente en una sociedad. Este capital de confianza es un factor de primera importancia para el desarrollo económico y para la cohesión social de nuestras sociedades, en la medida que la confianza facilita y potencia la resolución de problemas comunes y reduce costes de transacción y de intercambio. Recientemente se ha estudiado con detenimiento la importancia que, para el desarrollo económico y social de los países y regiones, tiene la dotación o el stock de capital social que posee una sociedad determinada, así como la propensión de algunos países, por ejemplo los anglosajones, hacia una mayor “sociabilidad espontánea”, o su mayor capacidad de asociarse en el seno de la sociedad civil, más allá del estado y de los lazos familiares.

3. EMPLEO Y PROFESIONALIZACIÓN EN LAS ORGANIZACIONES DEL TERCER SECTOR

Todas las estadísticas sobre la población activa muestran un incremento significativo del empleo en las organizaciones del tercer sector y en las entidades no lucrativas y este fenómeno tenderá a incrementarse en los próximos años debido a los factores ya ennumerados anteriormente en cuanto al nuevo papel que las entidades del tercer sector cumplen en las transformaciones sociales de nuestro tiempo.

Las actividades del tercer sector se desenvuelven en base a una combinación inestable de trabajo profesional (remunerado) y el trabajo voluntario (donación).

La reflexión en torno al tercer sector como “fuente de nuevos empleos” y como organismos que conducen progresivamente a la creación de empleo, puede ocasionar una nueva contradicción entre voluntariado y trabajo remunerado.

Podemos ver aparecer formas de institucionalización del voluntariado, formas mercantilistas de subvención, de profesionalidad y funcionalismo, que pueden vaciar su sustancia desinteresada

Entre la economía de las donaciones (propias de las asociaciones de voluntarios), la economía de la redistribución (servicios del estado) y el mercado (venta directa de servicios) se producen relaciones complejas. Por una parte, en la medida que muchas asociaciones del tercer sector gestionan programas por delegación pública. Por otra, porque las propias asociaciones integran dimensiones de profesionalidad y gestión mercantil. Pero lo más relevante es que existen tres dimensiones sustancialmente diferenciadas.

Muchas organizaciones del tercer sector viven esta contradicción entre voluntariado, servicios a las personas, y la necesidad imperiosa de profesionalización para proveer estos servicios. De hecho, se produce una tensión entre los valores de eficacia gestora y los valores de solidaridad y donación. Muchas se preguntan desde el ángulo de los principios éticos, si no se corre el riesgo de mercantilizar y profesionalizar la solidaridad.

Pero hay otro ángulo de reflexión, si se quiere más pragmático. Durante los años 90, más de 94 millones de norteamericanos adultos, emplearon parte de su tiempo en diferentes organizaciones voluntarias. Las horas dedicadas representan una contribución económica equivalente a 9 millones de puestos de trabajo a tiempo completo, y si se mide en términos monetarios, serían equivalentes a 176.000 millones de dólares. (V. Hodgkinson,1992). Esta dimensión tiene una importancia crucial para el tercer sector en la medida que dispone, por su propia naturaleza, de

unos recursos y energías que le permite abordar los nuevos problemas y, simultáneamente, reducir los costes de unos servicios que, suministrados exclusivamente a través de la remuneración y del trabajo asalariado, no existirían.

Cabe pensar que el fenómeno del voluntariado no hará sino crecer en nuestras sociedades. La reducción del tiempo de trabajo facilita el tiempo de voluntariado asociativo. Es razonable pensar que nuestras sociedades se encaminan hacia la pluriactividad.

El voluntariado cumple y cumplirá más en el futuro un papel en la identidad de los individuos, en la medida que la identidad construida sobre la base laboral-profesional tenderá a reducir su importancia. La redistribución del tiempo social, y el incremento del tiempo de voluntariado tendrá una incidencia mayor en la construcción de la ciudadanía.

Por ello se hace necesaria una reflexión permanente y rigurosa en torno a los equilibrios entre voluntariado y profesionalidad.

De todos modos, puede encontrarse una relación directa entre el voluntariado y el empleo. En muchos casos, ser voluntario resulta un aprendizaje y el inicio de un itinerario hacia el empleo. El voluntariado conlleva una formación personal de singular importancia para futuros itinerarios profesionales.

El nuevo rol de las organizaciones del tercer sector en la satisfacción de necesidades sociales ha puesto de manifiesto la necesidad de determinadas figuras o perfiles profesionales. Se trata de los mediadores en toda su amplia variedad, imprescindibles para reconstruir vínculos y relaciones deterioradas por nuestro modelo de convivencia. Se han debilitado los vínculos la solidaridad informal del vecindario, de la familia, del trabajo. (B.Erme, 1996)

4. LA REFLEXIÓN EUROPEA EN TORNO A LAS INICIATIVAS LOCALES, EL TERCER SECTOR Y LAS NUEVAS FUENTES DE EMPLEO

Durante los últimos años, se ha ido desplegando una reflexión y una serie de prácticas en torno a nuevos escenarios para la cohesión social, el empleo y el desarrollo territorial europeo. Quizás el antecedente y referente más emblemático ha sido el Libro Blanco sobre competitividad y empleo, o Informe Delors. La Comisión Europea ha ido desarrollando una acción en esta dirección, y el llamado

Segundo Informe sobre las Iniciativas de Desarrollo Local y de Empleo (1998), han profundizado en esta línea. Posteriormente, la Comisión, a través del Fondo Social Europeo (artículo 6) ha promovido proyectos piloto sobre “Tercer Sector y empleo”, e impulsado programas para la promoción de los llamados “nuevos yacimientos de empleo” a través del Feder (artículo 10). En todo caso, las relaciones entre creación de empleo y tercer sector están siendo promovidas de forma decidida.

Las ILDE (iniciativas locales de desarrollo y empleo) resumen este enfoque. Vinculadas a los cambios sociológicos, a la individualización creciente de nuestras sociedades y al contexto económico de la globalización, tratan de apartarse de un enfoque estándar de la creación de empleo. Frente a las predicciones sobre el futuro del trabajo las iniciativas locales tienen una dimensión social e incluso solidaria. Proponen una respuesta económica al desempleo, potenciando el espíritu de empresa colectivo y aceptando que no toda relación de servicio se someta a un intercambio comercial.

Los aspectos clave de este enfoque tienen que ver con una nueva perspectiva de acción. En primer lugar, la atención a la demanda resulta esencial, puesto que las ILDE sólo prosperan si proponen servicios de mejor calidad o más innovadores y capaces de estimular en última instancia, una demanda solvente.

Existe y funciona un mercado intermedio de trabajo. A menudo está a cargo de organizaciones específicas (asociaciones, empresas de inserción, etc.). No se limitan a seleccionar los desempleados, sino que estimulan la demanda local de trabajo para generar nuevos puestos que constituyan un trampolín hacia la reinserción profesional: la activación de proyectos latentes en las empresas privadas existentes, la prospección de los nichos de mercado y las necesidades no satisfechas, son funciones de estas organizaciones.

Desde este enfoque se promueve la reorganización de profesiones en función de las necesidades. La formación no constituye un dato exógeno o un instrumento al servicio de la activación del mercado de trabajo, sino un componente del empleo e incluso de los proyectos locales. A causa de las nuevas exigencias de calidad de los servicios propuestos a los clientes, es que se reconstruyen las profesiones en función de la demanda, proceso en el que participan los interlocutores sociales y las instituciones. Esto también se relaciona con las nuevas formas de organización del trabajo que exige nuevas necesidades de cualificación (perfiles transversales, relación producción-control, aptitudes de relación, coordinación de proyectos, etc.)

Los servicios de proximidad que afectan a la cohesión y la calidad de vida, deben ser considerados como soluciones innovadoras, que se dirigen a necesidades sociales concretas, que ofrecen un servicio de calidad elevada, y que son creadoras de empleo con buenas condiciones de trabajo. En ese sentido se descarta una perspectiva de trabajos ocasionales o la creación de empleo precario por el lado de la oferta. La explotación de los nuevos yacimientos de empleo en los servicios de proximidad exige una aproximación de mercado amplia.

Las ILDE responden a necesidades no solo nuevas sino también ilustrativas de tendencias de fondo. Reflejan comportamientos innovadores y reveladores de cambios profundos. Estas prácticas tienen que ver con diferentes facetas: los cambios en la organización del trabajo, en la función de la empresa, en la calidad de vida y sobre las relaciones entre lo social y lo económico.

Aunque las ILDE no se limitan a iniciativas del tercer sector, muchas de ellas están promovidas por organizaciones asociativas. Las ILDE ponen en entredicho, entre otras dimensiones:

- El concepto de proyecto en donde se relacionan la intención del promotor y las cualidades específicas de los colaboradores, en una perspectiva de flexibilización de las jerarquías y los organigramas.
- El concepto de competencia. Nuevas competencias requeridas y desarrolladas por los promotores de estas iniciativas.
- El concepto de empresa que rebasa por todas partes sus fronteras jurídicas, fiscales y contables. Igual que los nuevos emprendedores sociales que no se desaniman por tener que asumir responsabilidades y maximizar la eficacia de sus recursos, preservando al mismo tiempo la finalidad solidaria de su servicio. Estos emprendedores que han sido alguna vez, empleados por cuenta ajena o que lo serán en alguna etapa futura de su trayectoria personal, anuncian la diversificación de las trayectorias profesionales en las empresas y en las actividades del mañana.

En comparación con otras formas de creación de empresas las ILDE reúnen características adecuadas para apoyarse en una red social emprendedora movilizadora en torno a proyectos. El agrupamiento voluntario local reúne a agentes de orígenes diversos: usuarios potenciales de los servicios, profesionales y responsables de las autoridades locales. La intervención de las autoridades públicas puede al menos facilitar la tarea de estos nuevos empresarios y la nueva motivación de estos emprendedores locales.

El éxito de las ILDE depende en gran medida de elementos difíciles de catalogar como la personalidad de los promotores de proyectos, su arraigo local y la

utilización de una ingeniería financiera muy precisa. Estos factores no deben subestimarse cuando se trata de desarrollar los puestos de trabajo de servicios que responden a nuevas necesidades sociales.

Hay dimensiones que resultan fundamentales para el progreso de las ILDE y del tercer sector emergente: Por ejemplo, la creación de estructuras jurídicas que permitan la asociación entre el sector privado y el público y el ejercicio de una actividad productiva sin desvirtuar los objetivos solidarios. El desarrollo de formas de microfinanzas y la movilización del ahorro local es otro aspecto relevante. Finalmente, el funcionamiento del régimen de gestión delegada de los servicios y mercados públicos.

De hecho las ILDE proponen la configuración y el desarrollo de estructuras intermedias que asocian a las empresas, a las asociaciones y a las autoridades locales para que actúen como catalizadores y animadores de las iniciativas de empleo y cohesión social en los territorios. Cada vez con mayor fuerza estas formas de operar en cooperación por parte de los tres sectores, resultará decisiva para el desarrollo de nuestras sociedades.

5. LAS RELACIONES ENTRE EL TERCER SECTOR Y LA ESFERA PUBLICA

Uno de los principales desafíos de nuestro tiempo es la construcción de nuevas relaciones entre el Estado y las organizaciones del tercer sector. El primero encargaría a la segunda la gestión de los servicios. Esto crea una tensión sobre la autonomía de las organizaciones del tercer sector.

Los poderes publicos y el estado admiten la necesidad ineludible de crear un espacio para las asociaciones en el marco de las políticas de cohesión territorial y social. En la lucha contra las desigualdades y la exclusión. Pero se exige un profesionalismo de las asociaciones.

Asimismo, hay que hacer notar que la participación comunitaria y las organizaciones comunitarias del tercer sector cumplen un papel que, en muchos casos, es superior al que cumplen los servicios públicos. En la medida que, se orientan más hacia el cuidado de las personas que hacia los servicios a las personas, comprenden mejor los problemas que los profesionales de los servicios, están más comprometidas con sus miembros, son más creativas y flexibles y, finalmente, tienen un menor coste que los servicios profesionales (D. Osborne, 1994).

Pero las organizaciones del tercer sector no pueden quedar exclusivamente como un actor de gestión de servicios públicos. Es el peligro al que se tiende en la actualidad. El voluntariado cumple un papel central en la naturaleza del tercer sector. De hecho, el voluntariado es el eje que permite articular una nueva “hibridación” entre la economía redistributiva (pública) y el sector mercantil.

Pero también porque las organizaciones comunitarias se centran en las capacidades de la comunidad mientras que los servicios sociales públicos se centran en las deficiencias. Existen comunidades que dependen de las capacidades de sus miembros para hacer cosas. Las organizaciones comunitarias requieren una contribución de sus miembros, ya sea de tiempo, de habilidades o de dinero. De ahí que toda su atención se centre en sus capacidades. En contraste muchos programas públicos se centran en sus deficiencias y en su tratamiento como víctimas. Esto lleva a las poblaciones y a las familias al convencimiento cada vez mayor de su incompetencia para saber, cuidar, enseñar, curar o hacer.

6. ALGUNAS REFLEXIONES PARA EL FUTURO

Cómo actúan las asociaciones y entidades no lucrativas ante la individualización creciente de nuestras sociedades. Como realizar de forma efectiva el “bien común” en este nuevo escenario? Vivimos en un contexto donde las opciones individuales de los individuos son las que los llevan a afiliarse a una asociación y no a la inversa. Predomina un criterio más utilitarista. La asociación es algo más volátil para el afiliado. De ahí la importancia que las asociaciones sepan encuadrar y dar sentido a los voluntarios. No hay perennidad en el compromiso.

El tercer sector se renueva en función de los cambios profundos de nuestras sociedades. No nos es útil ya un concepto de economía social, definido en función de sí mismo (empresas de economía social).

Las nuevas prácticas del tercer sector intentan reconstruir los fundamentos de una sociedad más justa que permita el ejercicio de la solidaridad en la vida cotidiana. Hay que pensar y activar la nueva economía social en una sociedad cada vez más globalizada, terciarizada, informatizada donde los vínculos sociales y familiares se transforman constantemente según una tendencia irrefrenable hacia la individualización y al deterioro de las relaciones y de los espacios públicos de intercambio tradicionales.

Hay que subrayar que para organizar servicios de proximidad que atiendan a las nuevas necesidades sociales, no es suficiente la organización de las ofertas y de las

demandas. Es necesario facilitar y asegurar la *expresión* de las demandas sociales, usuarios (padres, ancianos, mujeres, vecinos) que también actúan como actores de la construcción de las ofertas. La articulación de voluntarios, profesionales y usuarios es una nueva combinación necesaria y que configura la “nueva economía social”.

El tercer sector tiende a ser mejor en el cumplimiento de tareas que generan pocos beneficios o ninguno, exigen compromiso personal y solidaridad de los individuos y una casi ilimitada confianza por parte de los beneficiarios o de los clientes e implica la imposición de códigos morales y responsabilidad individual de la conducta. Ello será cada vez más relevante en el futuro inmediato.

Un factor de primera importancia para el futuro de las organizaciones del tercer sector, será la combinación coherente de los ingresos provenientes de la venta de servicios, las cotizaciones de los socios y voluntarios, de las subvenciones y de los servicios contratados con el sector público. La evolución muestra una tendencia hacia un crecimiento de las dos primeras fuentes de ingresos y una disminución de las dos últimas.

Asimismo, en esta perspectiva, adquirirá mayor importancia la transparencia y la democracia de las organizaciones del tercer sector. Que duda cabe que los aspectos críticos y los conflictos a los que hemos aludido en estas notas, generan cierta opacidad interna de las organizaciones, como son las relaciones entre miembros voluntarios y profesionales.

Las reflexiones precedentes nos indicarían que cada vez será menos importante la propiedad de un bien o de un servicio –sea pública, sea privada- y que será mucho más relevante y decisivo la dinámica del mercado (sean estos privados o públicos) generada por organizaciones innovadoras que dan satisfacción efectiva a las demandas y necesidades de la población.